MADRID ANTES DE MADRID

CARMEN PRIEGO FERNANDEZ DEL CAMPO
DIRECTORA DE LOS MUSEOS MUNICIPALES

Cuando Madrid comenzó a cobrar importancia en el siglo XVI, con motivo de su recién estrenada capitalidad, se le buscaron orígenes gloriosos acordes con su nuevo rango de corte, como si de un arribista que quisiera disimular su origen humilde se tratara.

Algunos eruditos afirmaron que un héroe mítico, Ocno Bianor, hijo de la adivina Manto y del rio Tíber, había fundado, en el solar de Madrid, la Mantura Carpetana. Otros aseguraron que tenia la ciudad orígenes hebreos, griegos y hasta caldeos: ¡ Nabucodonosor, "a su paso por Madrid", habría construido el arco de Santa María en la Almudena!.

Gonzalo Fernández de Oviedo, historiador contemporáneo de los Reyes Católicos, nos ofrece en cambio los primeros testimonios ciertos de una antigüedad, cuando menos, romana. Este autor leyó y copió varias inscripciones latinas en las puertas de Moros y Guadalajara, y en la antigua Iglesia de Santa María de la Almudena.

La historia arqueológica de Madrid se inicia en 1862, cuando Casiano de Prado, Ingeniero geólogo, y Lartet y Verneull, dos colegas suyos franceses, descubren útiles de piedra, realizados por la mano del hombre prehistórico, en el Cerro de San Isidro. Este hecho significativo, hito que marcará el inicio de las investigaciones en toda España, se produce cuando aún se discute en Paris si el hombre había sido contemporáneo de los grandes mamíferos del Cuaternario. Progresivos estudios van poniendo de relieve que las terrazas del río Manzanares contienen uno de los yacimientos de Paleolítico inferior y medio más ricos de Europa. De la importancia que se le otorga da medida el hecho de que algunos investigadores del primer tercio de siglo llamen a Madrid "capital de la prehistoria" y que busquen los vocablos "Isidrense" y "matritense" para denominar sendos períodos del Paleolítico conocidos internacionalmente como Achelense y Musteriense.

El parón cultural de la postguerra y el crecimiento desmesurado que Madrid

Brazalete de oro de la Torrecilla. Getafe. Madrid.

experimenta a mediados de los 50 representan un momento dramático para este grandioso documento de la historia humana, a pesar de que diversos equipos han venido trabajando ininterrumpidamente desde hace varios años, lo cierto es que la investigación científica en los yacimientos arqueológicos de Madrid ha ido a remolque de la destrucción de éstos provocada por el desarrollismo de la ciudad. Por tanto, el futuro de la investigación y de la protección de este precioso y frágil documento histórico que es el subsuelo de Madrid, se presenta incierto. Es urgente preservar y dar a conocer este patrimonio que es nuestra memoria y nuestra seña de identidad.

El pasado arqueológico de Madrid va desvelándose poco a poco. Los yacimientos que se conocen van jalonando cumplidamente todas las etapas de la historia humana. Incluso podemos y afirmar que en el casco antiguo de la ciudad (cerros de Palacio y las Vistillas) existió una ocupación humano desde la Edad del Bronce, como lo demuestra una reciente excavación realizada en un solar cercano a la calle Bailén.

Desde el punto de vista geomorfológico, Madrid está en el cruce de dos ecosistemas, la sierra y la depresión de la cuenca del Tajo, formaciones de

Olla. Bronce medio. Tejar de sastre. Madrid.

distinta cronología. Esta circunstancia condicionará todos los tipos de asentamientos humanos que se produzcan desde el Paleolítico. En general, serán preferidos los hábitats de los valles, mientras que los de la sierra, menos favorables, sólo serán ocupados en función de su valor estratégico o cuando, en época musulmana, se colonice ampliamente todo el territorio madrileño. Otro condicionante es la situación de Madrid como "puente" de comunicaciones entre la Meseta Norte y la Meseta Sur. En algunos períodos de su historia, las relaciones más intensas con la Meseta Norte harán que su identidad cultural encuentre paralelos más estrechos con las zonas del Duero o del Ebro; en otros momentos, al contrario, pesarán más las relaciones con Andalucía, Extremadura o Levante.

El largo periodo paleolítico, en el que la cultura de los cazadores practica una economía depredadora y hace uso de utensilios de piedra y hueso tallado, se enfrenta en Madrid a una serie de problemas en la investigación. Si bien nos encontramos con uno de los yacimientos más importantes de Europa, la investigación no ha podido resolver aún algunos aspectos fundamentales para la comprensión de este largo período. En efecto, se viene aceptando tradicionalmente que la secuencia estratigráfica de los hábitats humanos del período paleolítico en Madrid se corresponde con tres terrazas de origen climático formadas en sus ríos durante las glaciaciones Mindel-Riss y Würm. Esta teoría ha entrado en crisis al demostrarse el polimorfismo de dichas terrazas. Hay diferencias de altura muy acusadas en los niveles de base de las terrazas en San Isidro y en las de la carretera de Andalucía. Estas diferencias han sido explicadas por fenómenos de neotectónica, por el hundimiento de las margas yesíteras subyacentes ocasionado en el Pleistoceno Superior avanzado, por las pulsaciones de las glaciaciones, por el efecto de arroyos y barrancadas vertiendo sud aguas al río mayor, por fenómenos de crioturbación y solifluxión, etc. En definitiva, todos estos hechos han ocasionado el que depósitos arqueológicos contemporáneos, que encierran las mismas industrias y restos faunísticos, se encuentren a diversas alturas, con lo que se dificulta enormemente la elaboración de una cronoestratigrafia basada en la correlación de estos conjuntos.

Por otra parte, la mayoría de los restos arqueológicos aparecen en posición derivada o secundaria, es decir, no mantienen su posición originaria, tal como los dejó el hombre, sino que, al haber sido arrastrados por el río, han perdido gran parte de su valor documental. Aun así, se considera que existe una secuencia para el Paleolítico Inferior en Madrid, Achelense medio evolucionado y Achelense final, correspondientes a los niveles aluviales del Ris II-III. La Industria de piedra tallada tiene rasgos arcalcos y se asemeja al achelense del S. O de Francia y del Norte de Africa. Por lo que se conoce en otros yacimientos europeos más exhaustivamente estudiados, el hombre que fabricaba este utillaje corresponde a la especie "homo erectus". que dominaba el fuego y practicaba el nomadismo. Se han encontrado huellas de su actividad áreas de talla o de despedazado de animales- en los yacimientos de Perales del Río, en el Manzanares, y de Aridos, en el Jarama. En este último yacimiento, el hallazgo de hasta 54 especies de vertebrados ha proporcionado datos suficientes para interpretar cúal era su biotopo. Correspondia a un clima no muy frio, con zona de pradera o estepa y bosque de ribera (interglacial Mindel-Riss).

Los datos existentes sobre fases sucesivas (Paleolítico medio y superior y Epipaleolitico) se encuentran sujetos a la revisión de las actuales investigaciones, aunque es indudable que existieron como tales fases.

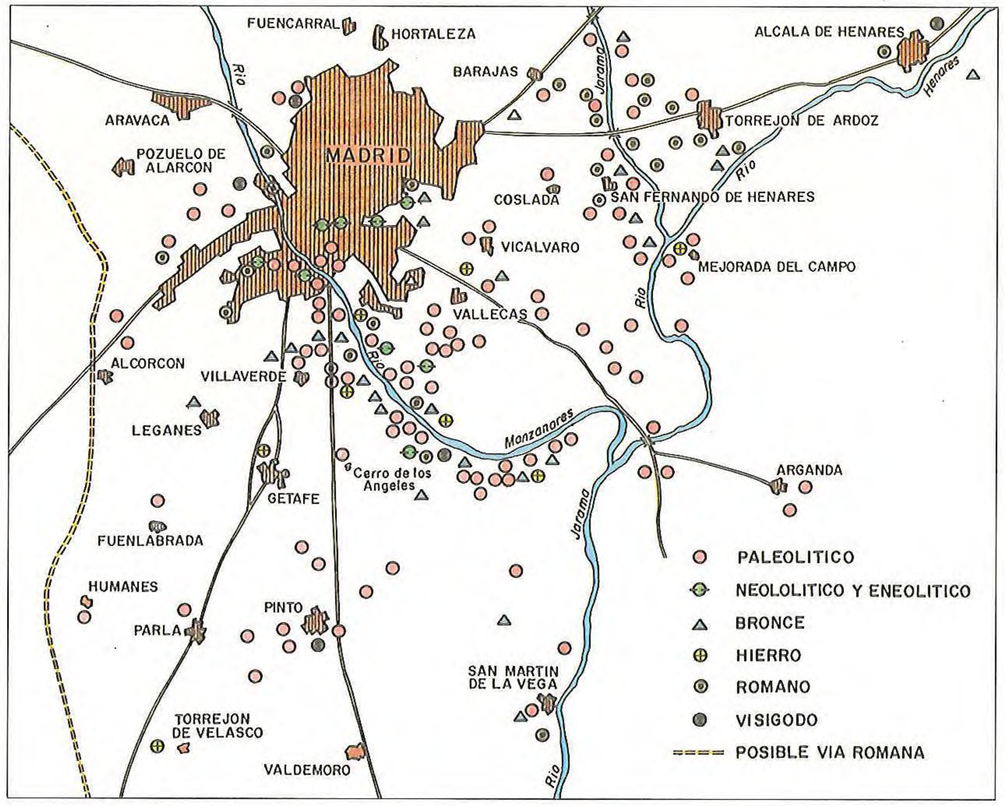
La conversión de la economía depredadora, propia de los pueblos cazadores paleolíticos, en productora junto a otras fundamentales adquisiciones culturales, como la agricultura, la sedentarización o la cerámica- hace del Neolítico una auténtica "revolución". Los yacimientos pertenecientes claramente a esta etapa cultural son muy escasos en Madrid. Los encontramos en hábitats de cueva, como en la Cueva de la Vaquera (Segovia). hacia el 3.700 a. C. (fecha de C14).

La cerámica de la Cueva del Aire tiene formas semiesféricas y globulares (estas últimas, con cuello cilíndrico). fondos redondeados, asas anchas y pintura roja. Las decoraciones son acanaladas o plásticas. Todo ello corresponde a un Neolítico avanzado de filiación andaluza por su parecido con las cerámicas del Neolítico final de esa región.

La implantación del Neolítico en Madrid parece corresponder así a una corriente avanzada del mismo, de origen andaluz.

Por lo que se refiere al Eneolítico y a la Edad del Bronce madrileños, conocemos muchos más datos. La distribución espacial de sus yacimientos indica un impacto demográfico mayor que en el período anterior y una preferencia por los hábitats de ribera situados en puntos destacados de las terrazas fluviales, buscando probablemente sitios apropiados de pastos y cultivos. La mayoría de estos poblados apenas conservan restos constructivos; están formados por "fondos de cabaña", agujeros practicados en el suelo que han sido rellenados con cascotes de cerámica, restos de comida, utillaje de piedra y hueso, etc., que testimonian la ocupación humana.

Hay varias fases en este panorama cultural que va desde finales del tercer milenio hasta finales del primero. Las que hemos podido detectar a través de nuestros estudios son las que siguen:



Plano general de yacimientos Arqueologicos de Madrid

un primer horizonte eneolítico o "precampaniforme". cuyas cerámicas no tienen decoración, de tradición megalítica (Los Millares, Vilanova de San Pedro), con paralelos en poblados de la Meseta Norte. La única manifestación que conocemos en Madrid de arquitectura megalítica es el desaparecido Dolmen de Entretérminos (entre Collado Mediano y Villalba).

Se conocen muy pocos poblados de este periodo de transición entre el Neolítico y la Edad del Bronce en la Meseta. Por este motivo tiene especial interés el poblado de El Ventorro (Villaverde Bajo). Este poblado, situado junto al río Manzanares, tiene dos fases cronológicas. La primera ocupación humana, eneolítica, ha proporcionado la datación radiocarbónica para este momento: 2.340 y 1.030 a. C. En la segunda ocupación aparece la cerámica campaniforme (tipo Ciempozuelos) y una significativa industria metalúrgica del cobre que configura un avance tecnológico importantísimo no atestiguado en otros yacimientos próximos.

La fase campaniforme podría ser fechada por datación relativa (ya que hasta ahora no se cuenta con fecha de C14 para el campaniforme de Madrid) en un momento "post quem" a la fecha reciente (1.930 a.C.) del "precampaniforme" en El Ventorro, y ocuparía la primera mitad del segundo milenio.

Los yacimientos funerarios de Entretérminos y Miguel Ruiz nos sirven como ejemplo de los dos usos funerarios de este momento: el enterramiento secundario de inhumación en una estructura dolménica quizás anterior (Entretérminos) y el enterramiento de inhumación en una simple fosa (Miguel Ruiz), usado también en la famosa necrópolis de Ciempozuelos. El ajuar de Entretérminos contiene cerámica lisa, cerámica incisa y varias piezas metálicas (hoja, espada de lengüeta, punta de pedúnculo y hacha plana de cobre y lámina o diadema de oro); el resto del material incluye hachas pulidas, puntas de flecha de pedúnculo y aletas y un cuchillo. En Miguel Ruiz, junto a la cerámica campaniforme de tipo puntillado o impreso, merece destacarse un puñal del tipo de lengüeta de cobre, que parece haber sido partido intencionadamente con un cincel.

El análisis de los materiales metálicos hallados en El Ventorro ha dado cobre aleado con arsénico, y plomo con 1% de arsénico de contenido medio. Para la obtención de estas piezas se ha partido de cobre nativo o mineral de origen de este mineral puede estar en los filones de cobre de la sierra madrileña (Valdemorillo, Las Matas, Collado Villalba, Galapagar, Colmenajero, etc.). Junto a estas actividades metalúrgicas, encontramos elementos en El Ventorro que, como los molinos de mano graníticos. Otros útiles especializados son las puntas de flecha, tanto las que habitualmente acompañan al campaniforme - con pedúnculo y aletas- como las de pedúnculo simple o base redondeada. No faltan tampoco las hechas y azuelas de formas subrectangulares o trapezoidales construidas sobre esquistos sillimaníticos procedentes de la sierra. El análisis de los restos óseos de animales de este yacimiento nos dice que la cabaña doméstica predomina, llegando casi a monopolizar el conjunto. Estos animales domésticos eran sacrificados en edad adulta, lo que unido al pequeño tamaño de los mismos nos indica una situación agropecuaria pobre. La mayor incidencia corresponde al ganado ovicaprino, con mayor importancia de la oveja;le siguen el cerdo y la vaca. Destaca la gran importancia de la cabaña porcina y la reducida talla de sus ejemplares. Las tallas de las cabañas vacuna y ovina y su morfología son muy similares a las detectadas en los yacimientos del sureste

peninsular del Bronce. Otros animales identificados son, por orden de importancia, el ciervo, la liebre, el caballo, el perro, el conejo, el jabalí y el uro.

El Bronce Medio es una fase menos conocida en Madrid. Está marcado por las relaciones con el Sureste (El Argar) y Levante y tiene paralelos más cercanos en los conjuntos culturales de las "motillas", en la llanura manchega. Muchas características del periodo anterior hábitats en "fondos", economía mixta, utillaje- se mantienen. El yacimiento más representativo de este momento, Tejar del Sastre,estaba situado en lo que hoy es el hospital Doce de Octubre. Este yacimiento se caracteriza por sus cerámicas de superficies lisas, formas carenadas con aplicación de mamelones o botones, por las grandes ollas ovoides de paredes en "ese" y labio dentado, y por los vasos trococónicos. En todos ellos es visible la influencia argárica. Sus tamaños son considerablemente superiores a los del horizonte anterior en las formas olla ovoide de paredes en "ese". ovoides de paredes rectas y en las fuentes carenadas Las bases son todavía redondeadas. La escasa cerámica decorada de este poblado mantienen elementos del campaniforme tardío. Temas de circulos impresos, zig-zag y espigas muros, comprenden estos últimos motivos a vasos de carena media.

La forma de enterramiento en Tejar del Sastre es la inhumación en tinaja dentro de la zona de habitación, a la manera argárica, y la inhumación en fosa, como en la fase anterior. Este yacimiento puede ser fechado entre el 1.500 y el 1.200 a.C.

El Bronce Final se halla definido en Madrid por las cerámicas encuadradas dentro del horizonte Cogotas I (llamado así por el yacimiento de este nombre situado en Avila), cerámicas que han sido fichadas entre el 1.100 y el 800 a.C. Se va vislumbrando en Madrid una periodización de este horizonte, como algunos investigadores ya han señalado, con un primer momento representado por cerámicas finas decoradas con incisiones e impresiones, al que seguirian oto con cerámica de boquique y un tercero con cerámica excisa. En este tercer momento estaría encuadrado el yacimiento de la fábrica, situado

Jarro Visigodo. La Torrecilla. Getafe. Madrid

sobre una suave loma que domina las tierras bajas del río Manzanares, cerca de Vaciamadrid. Se trata de un hábitat de "fondos de cabaña" superpuestos que forman conjuntos arracimados, configuración que parece indicar ocupaciones temporales y sucesivas, relacionadas con la búsqueda de pastos. La cerámica recogida en La Fábrica es de muy buena factura, con formas troncocónicas abiertas sinuosas o elipsoidales, de fondo plano. Algunas llevan asas y otros elementos de presión. La decoración es impresa, incisa y excisa, usándose en ocasiones aplicación de pasta roja. Las técnicas decorativas de impresión, incisión, boquique o excisión, utilizan básicamente temas de zig-zag, triángulos, espigas, temas escaleriformes y ajedrezados. El utillaje metálico es poco innovador formalmente: se trata de objetos de bronce que recuerdan tipologías ,más antiguas. Las fechas radiocarbónicas obtenidas para La Fábrica, 890 y 540 a.C., nos permiten encuadrar cronológicamente esta fase de Cogotas I en Madrid. La fecha más reciente parece indicar que esta cultura pervive en Madrid hasta fechas muy tardías, llegando hasta épocas en que las culturas del Hierro aparecen ya consolidadas, como en la fase II del yacimiento de Ecce Homo de Alcalá de Henares. A esta fase retardataria del Bronce Final le siguen en Madrid o conviven con ella contextos como los asociados al enterramiento de

Jarro Broce final. Jesus Fernandez

incineración de la Torrecilla, con cerámicas finas, de formas oblongas, bicónicas y troncocónicas y alternancia de técnicas a torno y a mano, en relación con un brazalete de oro macizo de perfil almenado tipo Villena. Estas cerámica de la Torrecilla podrían ser contemporáneas de Carrascosa I (necrópolis de la Edad del Hierro, en Cuenca), que parecen conectadas con la cultura de los campos de urnas de la Meseta

Aunque los datos anteriormente expuestos sobre la Edad del Bronce madrileño son todavia esquemáticos y parciales, hemos intentado perfilar con ellos una serie de referencias cronológicas y culturales que todavía habrá que completar. En sintesis, el Eneolítico y la Edad del Bronce se caracterizan en Madrid por una cierta continuidad en lo que se refiere a formas de hábitat, economía y tipologia material. La datación radiocarbónica nos fija un espacio temporal de casi dos milenios (entre la fecha más antigua -2.340 a.C.- y la más reciente -540 a.C.-) en relación con estos tres yacimientos citados: El Ventorro, Tejar del Sastre y La Fábrica.

Por El Ventorro conocemos ya con mayor precisión el momento de llegada de los elementos campaniformes a Madrid y su forma de implantación. La relación diacrónica que así se establece entre la fase inmediatamente anterior y ésta es de "continuidad" en lo que se refiere al hábitat ("fondos") y recursos económicos (agricultura y ganadería), y de "introducción progresiva" en lo que se refiere a los elementos "campaniformes" y actividad metalúrgica intensa. Atisbamos así la posibilidad de un proceso de aculturación a través de las rutas del Tajo y de los focos del Sur.

Tras este fenómeno campaniforme, el Bronce Medio (Tejar del Sastre) presenta una asimilación de influencias argáricas (cerámica, enterramiento en poblado), lo que indica "introducción progresiva" de estos elementos "nuevos" dentro de la "continuidad" o perduración de la fase anterior, atestiguada por la presencia residual del campaniforme, por el tipo de hábitat, la economía o el utillaje lítico.

El Bronce Final, facies Cogotas I del poblado de la Fábrica, aporta, a nuestro juicio, datos más definitorios de esta progresiva transición: la "continuidad" vendria marcada por los enterramientos en losa dentro del poblado, como en el Bronce Medio, y por algunas tradiciones cerámicas (incrustación de pasta y excisión como evoluciones del campaniforme), pero la seria de elementos nuevos no supone esta vez una "introducción progresiva" sino una "ruptura brusca" con las fases anteriores. Estos elementos "nuevos" serian una tipologia de formas cerámicas distinta, nuevas técnicas de decoración, nuevos motivos decorativos; innovación sería también la forma de hábitat en "fondos" superpuestos que parece corresponder a cortas estancias sucesivas.

La Edad del Hierro se inicia en Madrid con un horizonte cultural, el Hierro I, todavía poco definido. Está marcado por las influencias de la cultura de los campos de urnas. Se van conociendo algunos yacimientos relacionados con este momento cultural: Ecce Homo II (Alcalá), el Cerro de San Antonio (Vallecas), el arenero de Navarro (Getafe), La Torrecilla, y Puente (estos dos últimos, también en Getafe).

Característica de todos ellos es la ausencia de urbanismo. En algunos aparecen cerámicas finas pintadas después de su cocción (amarillo sobre

rojo). echables en los siglos IX-V a.C., y cerámicas más toscas adornadas con cordones y acanaladuras. Parece que en este momento se generaliza el uso del rito de incineración para los enterramientos.

Podria encuadrarse este horizonte entre el siglo VII y el siglo IV a.C.

En los momentos iniciales de la conquista romana, parte de lo que es hoy la Comunidad de Madrid era territorio de los carpetanos, vecinos de los pueblos vacceos y vettones, y de raigambre celta como ellos. La sierra de Guadarrama separaba a los carpetanos de vacceos y arévacos; los vettones y los celtíberos se repartían otras áreas del territorio central y, hacia el sur, se situaban los oretanos.

Todos estos pueblos se dedicaban a la agricultura y a la ganadería, realizando frecuentes razzias en territorios vecinos, y habitaban castros fortificados en lugares altos, propicios para la defensa, como puede comprobarse en la fortificación vallecana de la Gavia o como pudo muy bien haber sido el cerro de Palacio.

La segunda Edad del Hierro o Hierro II va a significar un cambio en el tipo de establecimientos humanos. Desde ese momento los hábitats adoptarán posiciones defensivas en cerros (Cerro de la Gavia). Aparecen las primeras estructuras de habitación de planta rectangular (Cerro Redondo en Fuente el Saz) y se empieza a utilizar la construcción de adobes a caja.

Durante este período se trabaja el hierro y el bronce con gran maestría, sobre todo en armas, arreos y objetos de adorno personal (las típicas fíbulas).

Las cerámicas aparecidas ponen en evidencia la utilización del torno, aunque las cerámicas a torno todavía conviven con las hechas a mano. Estas últimas adoptan formas semiesféricas y ovoides y presentan decoraciones a peine y con mamelones, en relación con la cultura de Cogotas II. Las cerámicas a torno agrupan las bícromas de influencia ibérica y las cerámicas

Mosaico romano (Detalle). Carabanchel. Madrid

grises con decoraciones estampilladas, también relacionadas con Cogotas II. Por los hallazgos de restos óseos del yacimiento de Cerro Redondo, en Fuente el Saz, podemos conocer la economía de ese período, basada, en gran medida, en la ganadería ovina, seguida por la caprina y la porcina. También hay datos en este yacimiento que confirman la utilización de la lana.

Podria encuadrarse este horizonte marcado por las relaciones, cada vez más intensas, con la Meseta Norte y el Sudeste entre el siglo VII y el siglo IV a.C.

Al final de esta etapa nos llegan las primeras referencias históricas, que nos hablan de los pueblos carpetanos y vacceos, de raigambre céltica, y que van mostrando la romanización progresiva de esta zona de Madrid, iniciada en el siglo II a.C. (Frontino, Livio, Plibio).

Progresivamente, estos pueblos son hostigados y finalmente vencidos por los romanos que, dirigidos por Sertorio, se apoderan, en el año 78 a.C., del territorio delimitado por los Valles de los ríos Henares, Tajuña y Jalón.

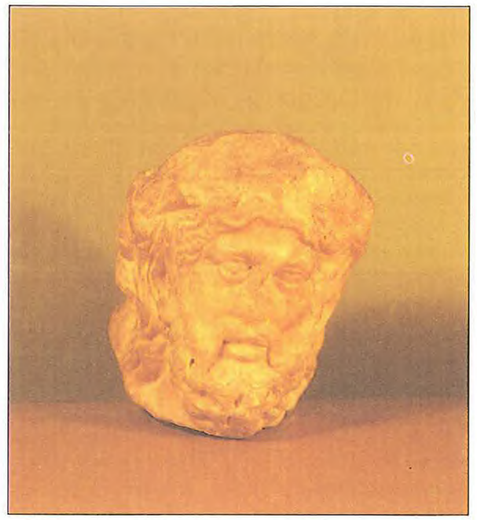
El cerro de San Juan del Viso, en Alcalá de Henares, es el primer asentamiento de Complutum, desde el que se controlaba la vía de Mérida a Zaragoza y la que llevaba a Valencia. La ocupación romana va imponiendo paulatinamente un cambio en el tipo de hábitat. Al principio, los asentamientos romanos se levantan sobre los primitivos castros celtibéricos (yacimientos de Cancho del Confesionario, La

Mosaico romano (Detalle). Carabanchel. Madrid

Gavía, Aranjuez, San Martín de la Vega, etc.) Más tarde, se sustituyen los castros indígenas por asentamientos en las llanuras aluviales. Al mismo tiempo se crea una amplia infraestructura viaria sobre la base de rutas antiguas. Hacia el año 16 a.C. se lleva a cabo la organización administrativa del territorio en provincias y "conventus" . Madrid queda englobada en la provincia Citerior y en el "conventus" caesaraugustano. Numerosos hallazgos arqueológicos confirman esta ocupación, que predomina en las cuencas de los ríos Henares, Manzanares y Jarama: Torrejón de Ardoz, Barajas, San Fernando de Henares, Alcalá de Henares, Valdetorres del Jarama, Talamanca, Chinchón, Carabaña, Morata de Tajuña, Fuentidueña de Tajo, Aranjuez, Ciempozuelos, Vaciamadrid, La Poveda, Perales del Río, Cuatro Vientos, Cenicientos, Villamanta, etc. Los grandes centros urbanos de la región son, en ese momento, Toletum (Toledo) y Complutum (Alcalá de Henares), ambos con categoría de municipios, aunque existian otras pequeñas poblaciones como Titulcia, Miaccum o Mantua, mencionadas en el "Itinerario" de Antonino (siglo III d.C.), que detalla además los recorridos de las vías y sus descansos o paradas ("mansio").

Madrid es, en esos momentos, poco más que una encrucijada de caminos, un pequeño asentamiento, un descansadero en el itinerario de Segovia a Titulcia. Tanto la cerámica "sigillata" y la cerámica común como las lápidas con inscripciones halladas en las iglesias de la Almudena y de San Andrés, en la calle de Segovia, en la puerta de Guadalajara y en la puerta de Moros todas ellas en el recinto que sería luego el Magerit moro atestiguan este asentamiento, aunque aún no se han encontrado restos de edificios romanos en ese entorno. Sin embargo, otros hallazgos arqueológicos en las inmediaciones del cerro de Palacio sirven de contrapunto a este perfil modesto y configuran un ámbito considerablemente habitado y de relativo bienestar y desarrollo económico que abarca varios siglos. Los citados hallazgos corresponden a zonas integradas hoy en la capital o muy próximas a ella: El Pardo, el puente de san Fernando, el puente de los Franceses, la Casa de Campo, Campamento, Villaverde o Carabanchel. Estos lugares se hallan vinculados, como el actual Madrid, a la viga del Manzanares, aprovechando su fertilidad para las explotaciones agropecuarias. La 'villa" romana de Villaverde, excavada en 1928, estaba muy cerca del río y tenia habitaciones con valiosos mosaicos, baños y otras dependencias. En las excavaciones aparecieron dos niveles -el primero, datado entre los siglos I y II d.C., y el segundo entre los siglos III y V d.C.- reflejo de la superposición de una segunda "villa" sobre la primitiva, destruida por el fuego. Uno de los hallazgos más interesantes fue una pequeña cabeza de alabastro, esmeradamente labrada, quizá elemento de alguna fuente, que representa una divinidad agrícola asociada con los bosques (tal vez, Silvano). Los restos que aún quedaban de esa valiosa "villa" fueron fatalmente destruidos hace muy poco por las obras del nuevo vial de la M-40.

La "villa" de Carabanchel, situada a poca distancia del actual centro penitenciario del mismo nombre y documentada desde el siglo XIX, poesía también valiosos mosaicos con escenas báquicas y alegorías de las cuatro estaciones, en un estilo tardío. Otros elementos de mobiliario, escultura, cerámica "sigillata" hispánica y de importación, etc., confirman la existencia de una comunidad refinada, con capacidad económica y de intercambio. Este refinamiento se aprecia también en el magnifico monumento funerario con inscripción conmemoreh hallado en el río Jarama, junto a Ciempozuelos, y datado en el siglo II de nuestra era.



Cabeza de sileno. Villaverde Bajo. Madrid

En la Casa de Campo aparecieron restos de construcciones y abundante cerámica, quizá en relación con la población de "Miaccum", cuyo topónimo subsistiria en el arroyo Meaguas, aunque hay quien la sitúa cerca de Villalba. En el puente de los Franceses y en El Pardo se han encontrado inscripciones romanas que conservan algunos nombres indigenas, insinuando la pervivencia de elementos culturales anteriores así como la procedencia foránea de parte de la población madrileña: Osma. Segovia, Sigüenza, Segóbriga...La romanización no llegará a ser demasiado profunda en este territorio y los primeros vestigios de cristianización se detectan en Alcalá de Henares con una fecha relativamente tardía (siglo V d.C.) En Madrid, una inscripción del presbitero Bokato, fechada hacia el año 700, nos da el primer testimonio escrito de culto cristiano.

El paisaje del territorio de Madrid es, en época visigoda, el de un rosario de asentamientos vinculados a las antiguas "villae" y a las calzadas, donde el elemento más palpable resulta ser la necrópolis, ya que los correspondientes poblados apenas dejaron huella o fueron enterrados por construcciones posteriores.

Tras la convulsión política y la depresión económica del Bajo Imperio, se produce en Hispania un deterioro progresivo de la vida ciudadana, que implica un retorno a la vida rural. A estos hechos se añade la inseguridad producida por las invasiones bárbaras y por la existencia de los "bagaudas" , bandoleros desarraigados que atacan en cuadrilla provocando el pánico en campos y ciudades.

El asentamiento de los visigodos en Occidente se produce en virtud de un pacto o "foedus", suscrito con el imperio Romano en el año 376. La presencia visigoda en Hispania se inicia con Alarico II (484-507). Una vez consolidado el nuevo reino, se elige a Toledo como centro político (año 561). En torno a este centro se levantan una serie de asentamientos estratégicos. La población rural ocupa, en muchas ocasiones, las antiguas propiedades romanas o latifundios, que son divididas en "sortes", en las que conviven poblaciones godas e hispanorromanas. Los "privati" o "possessores" son pequeños propietarios de origen romano que conviven con los campesinos libres visigodos. Se habita en "fundus", alqueróas dispersas, y en aldeas, los "vici", organizadas en asambleas vecinales "conventus publicus vicinorum",.

Las grandes explotaciones agrarias disponen de siervos, libertos bajo "obsequium". colonos, precaristas y encomendados. El trigo y la cebada, junto con las explotaciones ganaderas, son los recursos básicos de una economía de subsistencia, con escasos intercambios comerciales y circulación monetaria reducida que rebasa con holgura sus fechas de emisión, ya que, durante todo el periodo visigodo, se siguen utilizando lasa monedas de bronce y plata del Bajo Imperio.

Los asentamientos visigodos en Madrid son de varios tipos: aldeas al pie de la sierra, como Cancho del confesionario y Paña Sacra (ambas, en Manzanares el Real), La Cabrera, Patones o Soto el Real; alquerías, como Navalvillar (en Colmenar Viejo); aldeas en los valles de los ríos en relación con antiguas villas romanas, como La Torrecilla, El Jardinillo y Perales del Río (todas ellas, en Getafe) y, finalmente, asentamientos en las cercanías de ciudades

Vaso de terra sigillata. Villaverde Bajo. Madrid.

romanas, como Complutum (yacimientos de camino de los Afligidos). A pesar de las escasas relaciones comerciales existentes en esa época, sabemos que algunas de las vajillas metálicas halladas en estos asentamientos madrileños (necrópolis de el Jardinillo) son producto de talleres situados en la región leonesa.

Muchos emplazamientos visigodos en Madrid son necrópolis que ocupan los bordes de antiguas calzadas romanas. Las necrópolis se sitúan extramuros de las ciudades, de acuerdo con una norma promulgada en el año 561 por el concilio de Braga. Las tumbas se alinean en sentido E-O y están construidas con lajas de piedra o con elementos reaprovechados de antiguos edificios romanos. Estos enterramientos parecen organizados en pequeños panteones familiares y, frecuentemente, se reutilizan las sepulturas, apartando los restos enterrados anteriormente para dejar sitio a una nueva inhumación.

Las vías de comunicación siguen siendo las romanas, aunque los tramos menos utilizados sufren un fuerte deterioro.

En Madrid conocemos algunas necrópolis visigodas que indican continuidad con el hábitat romano. En las cercanías de la Casa de campo se excavó una necrópolis con importantes ajuares fechada entre los años 530-550. En el barrio de Tetuán también aparecieron enterramientos de la misma época. Otra necrópolis, la de El Jardinillo, en Getafe, nos sirve para analizar las características étnicas de la población que habitaba esa zona: individuos hispanorromanos con escasa mezcla de elementos visigodos. Los ajuares encontrados en El Jardinillo son pobres hebillas y broches de cinturón de bronce muy sencillos., La cerámica de estos asentamientos es tosca, con ejemplares que recuerdan muy de lejos las exquisitas "sigillatas" rojas de época romana (necrópolis de Daganzo). Algunas formas de cerámica común recuerdan las alamánicas y francas conservadas en los museos de Ulm, Tréveris o Stuttgart, fechadas entre los siglos V y VII d.C. Perviven también formas de vasijas derivadas del periodo tardorromano.

Si comparamos los asentamientos romanos con los visigodos, podemos apreciar una correspondencia espacial que denota un cierto conservadurismo y un estancamiento demográfico en esta último época. Prueba de ello son los yacimientos de Camino de Afligidos (Alcalá de Henares), Anchuelo, Daganzo de Arriba, Cerro de las Losas (Talamanca de Jarama), Torrelaguna, Cacera de las Ranas (Aranjuez), Cubas, Pinto, Cancho del Confesionario (Manzanares el Real), Cercedilla, Prado Cardoso (Guadalix de la Sierra), y los de El Jardinillo, Perales del Río y La Torrecilla (Getafe), Cubas, y en Madrid mismo, los de la Casa de Campo y Tetuán.

La llegada de los musulmanes a la Peninsula, en el siglo VIII, significará el desarrollo de Madrid en función de su posición de defensa de la metrópolis toledana, en la Marca Media. El control de los pasos de las sierras hacia Toledo convertirá a Madrid en centro estratégico de caminos y condicionará fuertemente su posterior desarrollo urbano.